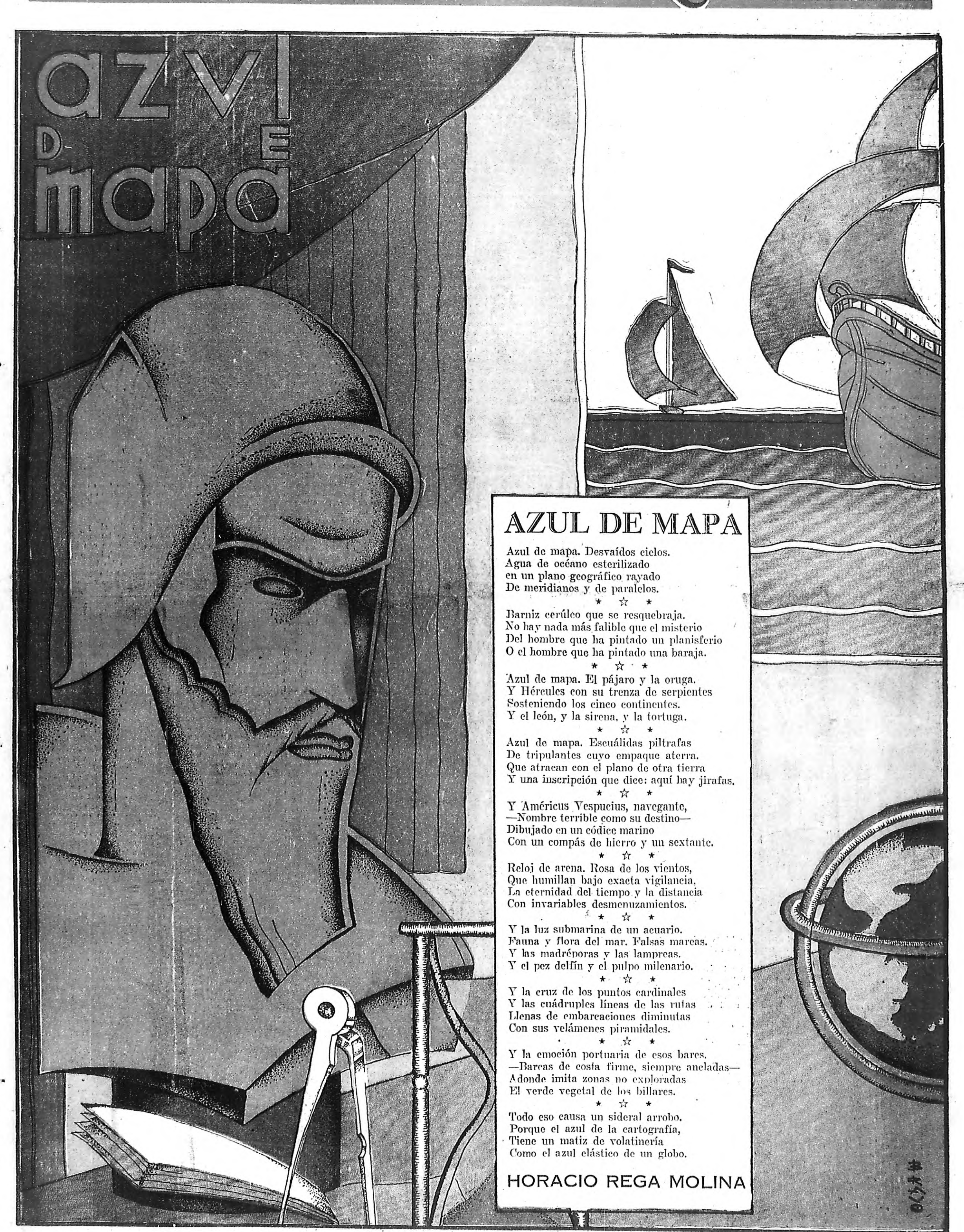
JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 7 Nov. 1931



AZUL DE MAPA

Azul de mapa. Desvaídos cielos.
Agua de océano esterilizado
en un plano geográfico rayado
De meridianos y de paralelos.

* ☆ *

Barniz cerúleo que se resquebraja.
No hay nada más falible que el misterio
Del hombre que ha pintado un planisferio
O el hombre que ha pintado una baraja.

* ☆ *

Azul de mapa. El pájaro y la oruga.
Y Hércules con su trenza de serpientes
Sosteniendo los cinco continentes.
Y el león, y la sirena, y la tortuga.

* ☆ *

Azul de mapa. Escuálidas piltrafas
De tripulantes cuyo empaque aterra.
Que atracan con el plano de otra tierra
Y una inscripción que dice: aquí hay jirafas.

* ☆ *

Y Américus Vespucius, navegante,
—Nombre terrible como su destino—
Dibujado en un códice marino
Con un compás de hierro y un sextante.

* ☆ *

Reloj de arena. Rosa de los vientos,
Que humillan bajo exacta vigilancia,
La eternidad del tiempo y la distancia
Con invariables desmenuzamientos.

* ☆ *

Y la luz submarina de un acuario.
Fauna y flora del mar. Falsas marcas.
Y las madréporas y las lampreas.
Y el pez delfín y el pulpo milenario.

* ☆ *

Y la cruz de los puntos cardinales
Y las cuádruples líneas de las rutas
Llenas de embarcaciones diminutas
Con sus velámenes piramidales.

* ☆ *

Y la emoción portuaria de esos bares.
—Barcas de costa firme, siempre ancladas—
Adonde imita zonas no exploradas
El verde vegetal de los billares.

* ☆ *

Todo eso causa un sideral arrobo.
Porque el azul de la cartografía,
Tiene un matiz de volatinería
Como el azul elástico de un globo.

HORACIO REGA MOLINA

Ilustración de BRAVO

El error

Por Charles Rideaux

UNA radiante mañana estival Matt Harvey entró en la sucursal de Banco de Boston en París y presentó un cheque por doscientos noventa francos.

Matt era ciudadano estadounidense, de cuarenta y ocho años de edad, alto y fornido. El sombrero que tenía puesto era grasiento, el traje que llevaba no había sido cepillado por espacio de varias semanas, los tacos de sus zapatos estaban torcidos y su camisa era sucia. Pero el joven empleado que lo atendió hizo caso omiso del atavío del cliente. En París no se suele juzgar a las personas de acuerdo con su apariencia, pues es sabido que son frecuentes los casos cuando un caballero peripuesto no tiene un céntimo en los bolsillos de su traje elegante, o que una chica lujosamente vestida resulta ser una dactilógrafa que gana un mísero sueldo.

Sin fijarse con mayor atención en Harvey el empleado del banco dió vuelta al cheque para mirar la firma que llevaba al dorso.

—¿Tiene su pasaporte? — preguntó luego.

—Aquí lo tiene — replicó Matt, presentando el documento. —No le quepa la menor duda acerca de la calidad del cheque — agregó — pues me lo dió la Compañía Americana de Turismo, la cual, como usted sabe, posee millones de dólares. Y, por si le interesa saber en qué pienso emplear este dinero, le diré que estoy por poner toda la suma al caballo que toma parte en las carreras de esta tarde y que se llama "La Chica con Rosas".

De pronto vió acercarse a su mesa al empleado de Banco, quien lo había atendido aquella mañana. Tenía la cara demudada y los ojos llenos de fiebre.

EL CHEQUE

Diciendo esto se apoyó en el mostrador y miró sonriendo al empleado a través de la reja.

El joven observó el cheque y dijo con tono seco:

—Sería una verdadera desgracia si el caballo perdiera.

Alzó la vista y, al ver acercarse a la reja a una clienta, murmuró:

—Si yo fuera supersticioso diría que es de buen augurio.

Matt se dió vuelta y vió a una encantadora joven cuyo vestido estaba adornado con un ramito de rosas. Sin apartar la vista de su hermoso semblante, el empleado pasó el cheque de Harvey a un compañero sentado al lado suyo.

—Estoy segurísimo de que "La chica con Rosas" va a ganar — exclamó Matt, moviendo su sombrero por adelante y rascándose la nuca, — porque tuve un indicio seguro. Esta mañana al salir de mi casa me dí de manos a boca con una muchacha que vendía rosas. Y hete ahí ahora otra con rosas. Si esto no es de buen augurio no sé qué es lo que puede llamarse tal.

El empleado dijo que entendía poco en cuestiones hípicas; sin embargo, Matt siguió desarrollando acaloradamente su tema predilecto. Entretanto, el cheque fué devuelto al joven. Este abrió el cajón del que extrajo un paquete de billetes de banco de a mil francos. Harvey interrumpió de golpe su charla, observando los hábiles dedos del empleado que contaban el dinero. Por fin el joven empujó hacia el cliente, por debajo de la reja, un montoncito de billetes, diciendo:

—Veintinueve mil francos. Son billetes nuevos, empaquetados en series, de modo que no hay necesidad de contarlos; pero si usted desea, cuéntelos.

Matt lo miró estupefacto, Luego preguntó:

—¿Está usted seguro de que todo está en orden?

—Completamente seguro, señor — contestó el empleado con tono seco, disponiéndose a atender a la chica de las rosas. —Sin embargo, si quiere cerciorarse, puede contar el dinero. Si no tiene inconveniente, hágame el favor de apartarse un poco de la reja: otras personas esperan su turno.

—Está bien — contestó Matt. No veo necesidad de contar.

Con estas palabras guardó el dinero en el bolsillo y salió del banco.

Una vez en la calle se encaminó al bar de Mike, atravesó un par de piezas y se detuvo en la última donde se sentó en su rincón acostumbrado, aturdido y perplejo.

El bar de Mike era el punto en que solían encontrarse los estadounidenses residentes en París. Pero en aquella hora no había nadie más que el mozo Julien, al que Matt encargó una copa de cognac. La apuró de un trago y permaneció sentado, entregado a sus reflexiones. Llegó a comprender cómo había sido cometido el error: el empleado tomó la suma de 290.000 francos por 29.000 francos y, distraído por la aparición de la bella chica con rosas, no se fijó en la suma escrita con palabras.

Con la mano temblorosa sacó Matt de su bolsillo un sobre viejo y un pedacito de lápiz. Sacó el cálculo que le demostró que veintinueve mil francos equivalían a mil ciento diez y seis dólares. Había una probabilidad contra mil de que el Banco no se iba a percatar del error cometido por el empleado hasta la hora de cerrar el establecimiento.

NO HABIA ROBO

Apoyada su cabeza contra la pared Harvey cerró los ojos y se entregó a sus pensamientos. Era un error del banco y, por consiguiente, él no cometía ningún robo. No le cabía la menor duda de que la dirección del banco preferiría perder 29.000 francos antes que reconocer ante los tribunales que era capaz de cometer semejante error. Y aún suponiendo que le iban a levantar el juicio, Matt sabía que en Francia los asuntos judiciales duraban años y años y, con un poco de destreza de parte del acusado adinerado, terminaban a su favor.

Hacía tres años que Harvey vivía en París. Teniendo un excelente empleo en Nueva York había ido a la capital mundial para pasar las semanas de su licencia. Durante su estada en París se entusiasmó por el juego de naipes y por las carreras, en las que iba gastando paulatinamente sus ahorros. Recibió la carta de su patrón que decía que si no volvía inmediatamente a Nueva York perdía su empleo. Matt no contestó la carta y quedó en París. Una vez agotados todos sus recursos buscó trabajo, pero no logró ganar bien ni encontrar un empleo fijo. En verano se ponía a disposición de la Compañía Americana de Turismo para acompañar a los excursionistas estadounidenses en sus correrías por París, pero este trabajo le aportaba mísera remuneración y el hombre pasaba por una época precaria.

Mil ciento diez y seis dólares representaban una transición del estado desesperante al holgado. El podría vestirse decentemente y volver a su patria teniendo en su bolsillo mil dólares con que empezar una vida honrada. De hoy en adelante ya no tendría más necesidad de calcular cada céntimo antes de encargar un plato en el restaurante, podría llevar la ropa bien limpia, trajes decentes, tener una casa... Tomó la decisión de abandonar cuanto antes la maldita ciudad para no volver jamás y embarcarse en el primer transatlántico que zarpara con rumbo a Nueva York.

Entre tanto el bar de Mike empezó a llenarse. Dieron las doce; Matt se hizo servir un almuerzo suculento y lo saboreaba en silencio.

De pronto vió acercársele al empleado del banco, quien lo había atendido aquella mañana. Tenía la cara demudada y los ojos afiebrados. El joven se dejó caer en una silla al lado de Harvey y pronunció con voz temblorosa:

—En la Compañía de Turismo me dijeron que podía encontrarlo aquí. ¿Me devolvería usted el dinero o quiere que llame a la policía?

—Usted no puede hacerme nada — replicó Matt con tono tranquilo. — No tiene pruebas de que me ha dado este dinero a mí y no lo haya arrojado, distraído, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

El joven se volvió más pálido aún; estaba próximo a desmayarse.

—Voy a dar parte a la policía — murmuró con voz ronca.

—Muy bien — contestó Harvey. — Diré que usted miente.

—No sé si pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del Banco, casi sollozando, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hice todavía porque abrigaba la esperanza de habérmelas con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Escuche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

UNA AMENAZA

—Señor — exclamó el joven — gano en el banco dos mil francos por mes y tengo esposa y tres hijos. Hace seis semanas falleció mi padre y tengo que mantener a mi anciana madre. Si esta misma tarde, antes del cierre del banco, no devuelvo a la caja los veintinueve mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—Tengo cuarenta y ocho años de edad — pronunció Harvey. — Usted no puede concebir lo penoso que es verse arruinado en el ocaso de su vida.

—Me voy a suicidar — exclamó con vehemencia su interlocutor.

—Usted no lo hará — contestó Matt con calma.— Es joven y sabrá salir airoso del paso. En cambio yo soy viejo y se necesitaba solo un milagro para salvarme de la miseria. No seré tan insensato como para arruinar con mis propias manos la buena suerte que me tocó. Usted me amenaza con la policía, pero sabe perfectamente bien que hasta que llegue a encontrar un agente, tendré tiempo para tomar un taxi y llegar a la estación del ferrocarril para abandonar París. El banco no me perseguirá por cierto, puesto que la suma es insignificante para ellos.



Matt se dió vuelta y vió una encantadora joven cuyo vestido estaba adornado con un ramito de rosas. Matt colocó en sus labios la mejor sonrisa para recibir la nueva clienta del banco.

DESESPERACION

El joven se retorcía las manos, presa de viva desesperación. Algunos de los parroquianos de Mike empezaron a echarle miradas curiosas.

—Usted no sabe, no puede medir la enormidad de desgracia mía — pronunció el empleado del banco con voz entrecortada por sollozos. He sido tan feliz con mi familia... He llevado una vida ordenada y laboriosa. Y ahora... ya sé lo que me va a pasar. No podré encontrar trabajo y al cabo de un año me convertiré en un fracasado como usted...

Sobrevino un largo silencio. Matt, pensativo y cejijunto, miraba al joven. Por fin pronunció:

—Usted ganó, hijo mío... Déme mis doscientos noventa francos.

Un minuto más tarde Harvey estaba solo de nuevo. Sentado delante de la mesa, encorvado y abatido, bebía a sorbos el aguardiante, trazando maquinalmente con lápiz unas líneas sobre un pedazo de papel... Los restos de honestidad que yacían en el fondo de su alma habían vencido... Sin embargo él, con su honradez quedó otra vez en la miseria, teniendo por todo capital 290 francos.

Las tristes reflexiones de Harvey fueron interrumpidas por la aparición de Willy Brown, un diariero negro que recorría los cafés de París, vendiendo los periódicos y tomando apuestas para las carreras.

—¿Sobre qué caballo pone hoy, señor Harvey? — preguntó a Matt.

Este lo miró distraído, dió vuelta al papelito que tenía entre las manos y escribió: "La chica con Rosas" - 290, ganador". Luego sacó de su bolsillo los billetes que le había dado el empleado del banco y los puso en la mano del negro.

290 FRANCOS

Matt pasó toda la tarde en el bar de Mike, tomando vino en el que solía buscar consuelo para sus desdichas. Por fin, en un estado de sopor, dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Al declinar la tarde se despertó sobresaltado, sintiendo que una mano le sacudía el hombro. Era Willy Brown, quien lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos y le decía con la voz temblorosa de emoción:

—Le felicito, señor... Ha tenido mucha suerte.

—¿De qué se trata? — preguntó Matt asombrado.

—Cómo — exclamó el negro en el colmo de estupefacción. — No sabe usted que el caballo ganó? ¿Que dejó atrás a todos? ¿Por Dios, señor, cómo puede permanecer aquí durmiendo?

—¿Pero qué está diciendo, hombre? ¿Cuál es el caballo que ganó?

—"Honradez", señor.

—¿Y qué tengo que ver yo en eso?

—Pero usted puso sobre él, señor — exclamó el diariero. Acá tengo el papel con su anotación y aquí le traigo veinte y nueve mil francos. Espero que no se olvidará del pobre negro que tomó la apuesta por usted?

Sin contestarle nada, Harvey aceptó los billetes y el papelito que le presentó Willy Brown. De un lado leyó: "La Chica con Rosas" - 290 ganador. Del otro lado, trazado con su mano, diez, veinte, treinta veces, decía:

"Honradez - 290 francos".



Buscaban los asnos - Dios castiga por su cuenta - La enfermedad

Fritz Mauthner, el renombrado crítico, se encontró, durante un viaje que tuvo que hacer en una ocasión, en compañía de tres estudiantes. Y como Mauthner iba leyendo un libro y, muy enfrascado en él, para nada se ocupaba de sus compañeros de viaje y menos se mezclaba en su conversación, decidieron los estudiantes saludarle en esta forma:

El primero:

—Buenos días, padre Abraham.

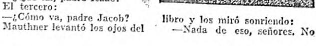
El segundo:

—¿Qué tal, padre Isaac?

El tercero:

—¿Cómo va, padre Jacob?

Mauthner levantó los ojos del libro y los miró sonriendo:



—Nada de eso, señores. No soy el padre Abraham, ni Isaac, ni Jacob. ¿Sabéis quién soy? Pues soy Saúl, enviado por su padre para buscar tres asnos que se han perdido. ¡Y quién había de decirme que los iba a encontrar tan pronto!

A Rabbi Jakob Kranc, el famoso predicador de Durbno, le preguntó un su amigo:

—¿Por qué, si tomas tan en serio tus terribles homilías, llenas de amenazas, permites que te las paguen?

Sonriendo repuso el predicador:

—Es que Dios no castiga a ningún hombre sin su cuenta y razón.

"Orgullo"

La Sagrada Escritura relata así el sacrificio de Isaac: "...Al tercer día levantó Abraham los ojos y vió el lugar a lo lejos".

En la literatura talmúdicohagálica se llama a Dios "el lugar". Este versículo lo explicaba Rabbi Jacob Samson Kossow del siguiente modo: "El que levanta los ojos, ve el lugar (Dios) a lo lejos. Pero el que marcha por el mundo con la vista baja y lleno de humildad, sin levantarla nunca por soberbia, ése todo lo ve cerca".

Hallándose una mujer gravemente enferma, hubo que avisar a los médicos. Llegaron éstos y, después de reconocerla, diagnosticaron úlceras varicosas (en judío "polilla").

—Señores, perdonen ustedes — dijo el marido. — Yo de medicina no entiendo ni jota, pero sí puedo asegurarles que mi mujer no tiene eso.

Sorprendidos los médicos le preguntaron:

—¿Y por qué no?

—Tema, pues porque todas las semanas le doy una paliza de padre y muy señor mío.

"Sobre los días de fiesta"

El obispo Hasselhauer preguntó una vez a Rabbi Jonathan Eibenschutz, el célebre rabino mayor de Praga:



—¿Cómo es que para vosotros los judíos todas las festividades comienzan ya la víspera, menos la del Purim, que entra en la tarde del mismo día? ¿Queréis explicarme la causa?

—Para contestar a esta pregunta, excelencia — repuso Rabbi Jonathan, — he de interrogar a mi vez: ¿Cómo es que vosotros, católicos, empezáis a celebrar la víspera la Natividad del Señor, siendo así que todas vuestras otras fiestas comienzan al romper el día? Yo aquí no veo más que una consecuencia, y es que lo uno se deriva de lo otro. Nuestro Purim se lo debemos a uno que no fué judío, y vosotros debéis la Navidad a otro que sí lo fué.


JARABE NEGRI
EN VENTA EN TODA BUENA FARMACIA
GUEVARA Y GUIDA
SCIROPPO NEGRI
CONTRO LA TOSSE ASININA
Señora: Cuide a sus niños celosamente; no desatienda en ellos ni los más leves accesos de tos, que pueden ser origen y causa de enfermedades pulmonares y a la garganta, que, descuidadas, acarrean complicaciones fatales. Tenga siempre a mano, en previsión de ello JARABE NEGRI, que no es un medicamento nuevo, sometido a experimentos y pruebas, sino que goza de fama mundial desde hace más de 30 años, consagrado por las eminencias médicas como insustituible jarabe contra la tos en los niños —aun contra la más violenta tos convulsa — y a la vez, de efectos tónicos maravillosos. EL JARABE NEGRI es el más eficaz guardián de la salud de los niños y les permite criarse sanos y contentos.
Preparada por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA. Rivadavia 1501 Buenos Aires
UN NIÑO SANO Y CONTENTO ES LA MAS PRECIOSA JOYA DE TODA MADRE · LA MAS PURA FELICIDAD DE TODO HOGAR

Primeras Revelaciones de los Misteriosos Crímenes y A



BAJO EL DOBLE FONDO DEL BAUL. - Este exquisito óleo, del célebre pintor Gainsborough, titulado "La Duquesa de Devonshire", estuvo durante varios años bajo el doble fondo de un baúl. Sólo cuando lo amenazaba una muerte cierta, Adam Worth, que lo había robado, se lo entregó a Billy Pinkerton, en un último esfuerzo para conseguir su amistad

EL ACTUAL DUEÑO DEL TITULO. - El actual duque de Devonshire dirigiéndose con su hija a una ceremonia oficial en Londres. Este noble inglés posee, junto con el duque de Westminster, la mayor cantidad de tierras en Inglaterra. Este noble es uno de los íntimos amigos del rey Jorge V.



ESTUDIO PRELIMINAR. Sketch original que sirvió de inspiración para el cuadro "La Duquesa de Devonshire", que aparece a la izquierda de este grabado

UNA DUQUESA ENCANTADORA. - La presente duquesa de Devonshire, en traje de corte, con corona de hojas de fresa y collares de perlas de incalculable riqueza.

COMO LO HICIERON. - Worth y Phillips habían decidido robarse "La Duquesa de Devonshire". El último era un hombre hercúleo y el primero tan delgado y liviano que pesaba sólo 130 libras. En una noche obscura, Worth, Phillips y un cómplice se dirigieron por Piccadilly hasta el establecimiento de arte. Entonces, mientras el cómplice se quedaba de guardia, Worth se encaramó sobre los hombros de Phillips, llegó hasta la sala de exposiciones del segundo piso y se apoderó de la valiosa pintura. Este cuadro viajó por varios países

HAY una rara coincidencia, casi un destino, que liga al delincuente con el sabueso que le sigue la pista.

El primero es un enemigo público, el otro es un protector jurado de la sociedad. No obstante, aunque sus impulsos y acciones son dos polos opuestos, a menudo hay un notable parecido en sus idiosincrasias personales, sus temperamentos y sus credos.

Billy Pinkerton, "El Ojo", que escuadriñó hasta los más recónditos confines del hampa, efectuó todos sus principales arrestos sin derramar sangre. Adam Worth, tal vez el más grande de los transgresores de la ley que jamás haya existido, falsificó cheques por grandes sumas, descerrajó innumerables cajas de caudales, robó joyas, violó correspondencia, asaltó a muchas personas, pero en toda su carrera no mató una sola vez.

Este es un hecho sorprendente si se considera el bajo nacimiento y educación de Adam Worth. Sus padres, unos judíos que vivían en un sórdido barrio de Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos, se encontraban socialmente varios escalones más abajo que Billy Pinkerton. Sin embargo, existe un notable paralelo en la carrera de los dos individuos. Cada uno de ellos recibió la impresión, a una temprana edad, de la importancia, casi de la santidad del dinero.

ZURRA TREMENDA

Uno de los recuerdos que se destacaban más claramente en la mente de Pinkerton, era cuando en su niñez, su padre Allan salió solo a arrestar a algunos estafadores que le habían dado unos cheques sin valor. Uno de los recuerdos de la niñez de Worth que más claramente estaban en su imaginación, se refería a un día en que trocó dos centavos antiguos y descoloridos por uno nuevo y reluciente que le dió otro niño.

Al saber el incidente, el viejo Worth tomó a su hijo y le dió una zurra tremenda. Adam Worth no olvidó jamás que en su niñez había sido estafado por otro niño más hábil de su misma edad. Juró que nadie volvería a ganársela en ninguna transacción y casi nadie lo hizo con excepción del hijo de Allan Pinkerton.

En esta narración aparece una tercera persona muy pintoresca, sobre la cual quedó también grabada en forma indeleble la memoria del poder del dinero. Este fué Patrick Francis Sheedy, irlandés de nacimiento trasplantado a Hartford, Connecticut, cuando tenía siete años de edad y destinado a seguir la carrera religiosa. Cuando tenía doce años, Pat presenció unas carreras de caballos en una feria del distrito. Apostó medio dólar a uno de los caballos. Su favorito ganó la carrera y el joven Sheedy cobró ocho veces el valor de su apuesta.

Si Billy Pinkerton era el supremo entre los sabuesos del mundo y Adam Worth el valiente capitán de su banda de violadores de cajas de seguridad, Pat Sheedy era, indudablemente, el rey de los jugadores.

SIN HACER TRAMPAS

Sheedy manejó millones; pero él también tenía su código. Nunca hizo trampas. Aunque su profesión no estaba muy de acuerdo con los moralistas convencionales, jugaba limpio. Cómo y por qué entró en escena con Worth y el cuadro de "La Duquesa de Devonshire", que Worth se robó, será relatado en este capítulo.

Cuarenta años y los delitos cometidos en siete paises ligaron a este extraordinario trío de hombres, un transgresor de la ley, un protector de ella y un gran jugador. Worth trabajaba como mensajero en un almacén de New York, cuando tenía 16 años. Cuando estalló la guerra civil y antes de que se dejara escuchar el rugir de los cañones, ya el muchacho estaba aburrido de ir cargado de paquetes. Trabajaba durante largas horas todos los días y la paga era escasa. Adam deliraba por ganar pronto mucho dinero. Lo obtuvo; pero por un método más común en sus días que en los nuestros.

Distinto del enrolamiento durante la Gran Guerra, en la guerra civil de los Estados Unidos dejaba al conscripto un punto de escape. Si la idea de pelear no gustaba al conscripto y éste contaba con los medios suficientes, podía contratar a un substituto, pagaba una suma de dinero y el conscripto se enrolaba en su lugar. Worth se contrató para servir en el ejército por un individuo más notable por sus riquezas que por su valor. Este hombre pagó a Worth mil pesos para que pasara tres años en el frente de batalla. El ingenioso muchacho sirvió ocho días. Al final de los ocho días desertó con toda sangre fría. Se enviaron a todas partes carteles con la filiación de Worth y uno de ellos llegó a los archivos de los Pinkerton. Allan Pinkerton envió el documento condenatorio a su hijo, Billy, quien entonces actuaba como agente secreto en el ejército del Potomac. Billy no olvidó nunca las facciones de Worth.

HOMBRE DE SUERTE

Durante un año Worth no se dejó ver. Pasado ese tiempo aceptó nuevamente enrolarse en lugar de otro conscripto: pero esta vez la operación fué desgraciada. Por mala suerte, fué destinado a un regimiento al cual estaba agregado el joven Pinkerton. La rutina militar exigía que los reclutas desfilaran frente al cuerpo de detectives. Instantáneamente, Pinkerton reconoció a Worth. Una vez establecida oficialmente su identidad, se le dió a elegir entre devolver el dinero recibido o servir su conscripción. Worth capituló, devolvió los $ 1.000 y siguió en las filas. Como un ejemplo de la portentosa suerte de este hombre, podemos decir que hizo toda la campaña sin recibir ni un solo rasguño. Cuarenta años después, él y Billy Pinkerton habían de encontrarse nuevamente...

Cuando terminó la guerra, Worth se dedicó al crimen. Sus primeros delitos consistieron en raterías de poca monta, pero más tarde habría de dedicarse a hazañas más importantes. Una de las características de la carrera de este hombre es el episodio de su encuentro con Pat Sheedy. El jugador acababa de perder en Chicago, sobre el tapete verde, todo el dinero que llevaba encima: $ 11.000. En los momentos de retirarse se encontró cara a cara con un extraño, quien le ofreció silenciosamente $ 20.000. Sheedy, sorprendido, estaba a punto de rehusar el préstamo, pero el desconocido insistió: "Usted tendrá dinero algún día cuando yo esté arruinado" le dijo, y "entonces contaré con usted para que me ayude". El ofrecimiento era fantástico, pero Sheedy, un jugador en todo sentido, aceptó el dinero.

Cinco años más tarde, en Constantinopla, en donde Pat había abierto una casa de juego, Adam Worth, quien había sido el desconocido que le había prestado el dinero, envió récado a Sheedy de que se encontraba preso. Por la suma de $ 2.000, Pat obtuvo la libertad de Adam.

HOMBRE DE HONOR

El jugador era un hombre de honor. Los Pinkerton lo admitieron así. Ellos lo conocieron en los hipódromos de los Estados Unidos, en donde Sheedy apostaba constantemente grandes sumas. Los "habitués" de las carreras eran a menudo clientes de la Agencia Pinkerton y ésta protegía a los apostadores profesionales, los cuales con todo su dinero eran presas muy codiciadas para los ladrones.

Mientras tanto, ¿qué hacía Adam Worth? Ese sombrío genio se había distinguido apropiándose de $ 30.000 de la Atlantic Transportation Co. de N. York. Pero después, las cajas de caudales de una compañía de seguros de Cambridge, la ciudad natal de Worth, fueron abiertas y se les substrajo la suma de $ 20.000. En seguida el Banco de Boylestown perdió un millón de dólares a través de un túnel que se hizo desde una barbería vecina.

Todos estos escandalosos robos colmaron la paciencia de los banqueros robados. Llamaron apresuradamente a Pinkerton. Billy reunió la flor y nata de su personal y dió comienzo a sus trabajos. "Quiero que prendan a los siguientes individuos", ordenó a sus hombres: "Ike Marsh, Bob Cochran y Piano Charlie Bullard". Estaba seguro de que eran los ayudantes de Worth. Worth, por su parte, no se había dormido en sus laureles. Dividió el botín entre él y sus cómplices y en seguida los dispersó. Cochran regresó a su patria, el Canadá. Marsh se dirigió a Irlanda, en donde murió. El vigilante Pinkerton al otro lado del Atlántico siguió atentamente las actividades de Worth, pero como el bandido no molestaba a los clientes de "El Ojo", Billy no dió paso alguno en su contra. Lo que Worth hiciera a los clientes de otros detectives, era un asunto aparte y no incumbía al "Ojo".

PARAISO DEL CRIMEN

Cuando Worth y Bullard desembarcaron en Liverpool encontraron que Inglaterra era el paraíso de los delincuentes. Los comerciantes guardaban sus valores en lo que irónicamente llamaban cajas fuertes. Para los talentosos violadores de cajas de hierro, esos receptáculos eran risibles. La firma de Worth y Bullard saqueó primero un montepío y se apoderó de veinticinco mil libras esterlinas. Poco después, en Londres, Worth (conocido ahora como Harry Raymond) y Bullard se establecieron en una elegante casa. Sus habitaciones en Piccadilly se convirtieron en el punto de reunión de hombres y mujeres de la alta sociedad.

A todas las damas que visitaban a Raymond se les pedía que firmaran una lista de huéspedes distinguidos. El motivo era obvio, sin embargo no pareció despertar sospechas cuando más tarde se produjo una serie de falsificaciones sin paralelo. Pero Worth se quiso aprovechar demasiado de sus ventajas y el país se hizo altamente malsano para él.

Se mudó a Francia. Allí Worth-Raymond mantenía un yate de vapor, el "Shamrock", manejado por una tripulación de veinte hombres. Hizo viajes a muchas tierras y nunca regresó con las manos vacías. Los puertos del Mediterráneo constituyeron el objeto principal de sus depredaciones. También robó tantos millones de francos en Francia que su residencia allí se hizo insostenible.

ROBA DIAMANTES

El y su banda llevaron entonces sus talentos a Smirna, Asia, en donde por casualidad, todos fueron puestos presos. La riqueza de Worth, sin embargo, le permitió comprar su libertad. Se dirigían nuevamente a Inglaterra cuando una partida de bandidos los hizo prisioneros. Nuevamente el oro de Worth compró su libertad.

La escena se mudó entonces a Kimberley, pues en Worth se había desarrollado un cariño especial por los diamantes. En el correo Worth interceptó una remesa de diamantes en bruto que valía $ 70.000. Es posible formarse una idea exacta de la brillante habilidad del bandido al analizar el hecho de que no sólo logró sacar los diamantes del país, sin ser notado, sino que hizo encarcelar por robo al jefe de la oficina de correos de la Ciudad del Cabo.

De vuelta en Londres, Worth se dedicó a actuar como corredor de diamantes. No hay necesidad de decir que prosperó. Fué entonces cuando un ladrón británico llamado Harry Phillips se dirigió a Adam con una sorprendente información. Agnew y Co. comerciantes en objetos de arte acababan de comprar a Cristie el célebre cuadro al óleo, de Gainsborough, "La Duquesa de Devonshire", por la enorme suma de $ 53.000. Agnew y Co. habían colocado la pintura en un lugar visible sobre una ventana del segundo piso en el interior de su almacén. Esto era algo atrevido con Adam Worth suelto en la ciudad.

EXCLUSIVO PARA "JORNADA" EN LA ARGENTINA

☆ ◉ ☆

La Próxima S

Secretos de los métodos de lo
cajas de seguridad y ladrone
ciencia de las impresiones dig
alteran los registros de las
padas de Sing-Sing y crimen
siblo XIX, incluyendo el
Jewett, famosa "mariposa"

Asaltos Descubiertos por la Ciencia de los PINKERTONS

Billy Pinkerton Revela Calidades de Gran Sabueso, Capturando Asaltantes de Cajas de Seguridad, a Ladrones de Joyas y a los Más Altos Exponentes de la Delincuencia Internacional. ADAM WORTH el Rey de los Violadores de Caudales, Roba y Huye con el Cuadro La Duquesa de Devonshire. Le Da Caza EL OJO

GENIO DEL CRIMEN. - Adam Worth, falsificador de cheques, violador de cajas de seguridad, ladrón de diamantes, artista de asaltos, ladrón de bancos y ratero vulgar. Su "golpe" para apoderarse de la tela de Gainsborough es único en los anales del robo internacional. Worth era un gran señor del crimen; viajaba en un lujoso yate, llamado Shamrock por todos los mares del mundo

MANIATADO. - Interesante fotografía de Jack Phillips, tomada en Scotland Yard. Este famoso ladrón y cómplice de Adam Worth en el robo de la tela "La Duquesa de Devonshire" aparece atado a una fuerte columna

AMIGA DE "EL OJO". - La hermosa Lillian Lorraine, estrella de opereta y una de las muchas celebridades del teatro íntimas de Pinkerton a quien acompañó en algunas aventuras

"EL OJO" EN PERSONA. - Instantánea de William A. Pinkerton, descendiendo las gradas de la Prefectura de Policía de Nueva York. Es notable el aspecto de concentración en los fuertes rasgos de su rostro y la firmeza de su mirada

LA DEVOLUCION. - "Un paquete para Mr. Agnew" — gritó el mensajero. — El comerciante en obras de arte, con trémulos dedos abrió el paquete. "Es el Gainsborough, gracias a Dios!" — exclamó satisfecho. — El dibujante Biedermann ha representado a Mr. Agnew a la derecha; a la izquierda Billy Pinkerton, quien contribuyó a que se recuperara la pintura persiguiendo tenazmente a Worth

☆ ★ ☆

Worth y Phillips decidieron robar la tela. Había en esto una razón no del todo mercenaria. Uno de los individuos de la banda de Worth se encontraba preso por un delito de poca importancia. Era imperativo que el hombre fuera puesto en libertad cuanto antes, por temor a que denunciara a sus cómplices. De manera que con increíble osadía Worth procedió a poner su plan en acción.

Phillips tenía una figura hercúlea, era un verdadero gorila, pesaba más de 200 libras y media seis pies de estatura. Este equipo físico era el complemento necesario para los planes de Worth. Adan., un individuo delgado que pesaba 130 libras, era la figura secundaria en el asunto. En una noche obscura, Worth, Phillips y un cómplice, Joe Elliott, se dirigieron al establecimiento de Agnew. Entonces, mientras Elliott montaba guardia, Worth se encaramó sobre los hombros de Phillips, llegó hasta la sala de exposiciones del segundo piso y se apoderó de la valiosa pintura.

Este era el plan: Worth, con un cuchillo, debía cortar un pedazo rectangular del cuadro y enviarlo a su cómplice a la prisión. Este a su vez, tenía que entregar el fragmento a las autoridades de la cárcel pidiéndoles lo entregaran a Agnew. Esta sería prueba suficiente de que el preso tenía relación definida con los ladrones. Sin embargo, por medio de una jugada legal, Worth pudo obtener la libertad del prisionero y no fué necesario enviar el pedazo del cuadro a la cárcel.

Worth se encontró solo en posesión del cuadro de Gainsborough, pero era para él un verdadero elefante blanco, pues nadie con un poco de sentido común habría soñado en tratar de disponer de él en el mercado. Además, había mucha indignación en Scotland Yard. Se había dado al robo considerable publicidad internacional y Worth se encontraba en duros aprietos especialmente cuando Phillips empezó a pedir en todos los tonos su parte en el producto de la venta, la cual no se había llevado a cabo.

EL FAMOSO CUADRO

Hubo una riña pública entre los delincuentes. El hombre más pequeño atacó a Phillips y éste lo estaba dejando inconsciente a puntapiés cuando intervino la policía. Scotland Yard, naturalmente tenía la "certeza moral" de que "La Duquesa de Devonshire" se encontraba en poder de Worth. Un cateo a su casa no produjo ningún resultado. Su yate también fué escudriñado cuidadosamente, pero la pintura no aparecía por ninguna parte.

Adam Worth desapareció. Billy Pinkerton resolvió dar caza nuevamente a su antigua presa. Le envió recado por medio de los conductores secretos del hampa, de que Joe Elliot, en su calidad de miembro de la banda de Worth, había despertado las iras de Pinkerton al "trabajar" contra uno de sus clientes. Worth contestó, por el mismo conducto, que había terminado con Elliott, éste fué condenado más tarde a 7 años de prisión y murió dos años después de haber cumplido su condena.

Adam Worth, aunque sabiendo que "El Ojo" le seguía los pasos, continuó sus depredaciones. Hizo dos viajes a los Estados Unidos. Durante uno de estos viajes, sorprendió al barco una terrible tempestad. El capitán y todos los oficiales fueron arrebatados por las olas. El astuto Worth descubrió que en la lista de pasajeros estaba incluído un marinero con licencia. Convenció a este individuo que el barco, de acuerdo con la ley de salvamentos navales, era de su propiedad, y lo ayudó a llevar adelante su demanda. La compañía naviera, propietaria del vapor tuvo que arreglar el asunto por cincuenta mil pesos. Worth y el marinero se dividieron las utilidades.

Esta fué sólo una ganancia incidental. Lo que hizo más notable el viaje fué el hecho de que Worth llevaba consigo la pintura de Gainsborough, ésta reposaba en el doble fondo de un baúl construído especialmente. Worth depositó el baúl en una bodega de Brooklyn. Allí lo dejó por espacio de 5 años. De allí lo llevó a Boston. Nunca tuvo oportunidad de disponer de su artístico elefante blanco y al darse cuenta de la imposibilidad de hacerlo, debe haberlo llenado de contrariedad.

Un año después, Worth estaba proyectando robar los vagones correos de Bélgica. Esta vez dió un resbalón. Billy Pinkerton tuvo conocimiento del plan y notificó a las autoridades belgas. Adam fué aprehendido y por primera vez en el curso de su extraordinaria carrera fué condenado a prisión, siete años. Desde la cárcel envió por Pat Sheedy, el jugador, en quien Worth sabía podía confiar. "Tengo tuberculosis", confió a Pat. "Se que no viviré largo tiempo. He incurrido en la enemistad de "El Ojo" y quisiera hacer las paces con él antes de morir."

"Hay una sola manera de hacerlo" le aconsejó Sheedy, "entrégale el Gainsborough". Worth, tosiendo, asintió. Después de haber salido de la cárcel escribió a Pinkerton dándole una cita. Prometió entregar el cuadro, pero por una u otra razón Agnew y Co. se negaron a creer que todavía existiera "La Duquesa de Devonshire". Sin embargo, después de muchas gestiones se logró persuadir al Sr. y a la Sra. Agnew a que se embarcaran para Nueva York. Ellos y Pinkerton, en su hotel, esperaban febrilmente el cumplimiento de la promesa de Worth. Golpearon la puerta del apartamento. "¡Un paquete para el Sr. Agnew!", se oyó la voz de un mensajero. Con los dedos trémulos Agnew abrió el paquete. Entonces exclamó profundamente emocionado: "¡Es el Gainsborough, gracias a Dios!". Y en verdad era la famosa tela. Después, durante el tiempo que siguió a la entrega del cuadro y la partida de Agnew, Billy Pinkerton estuvo a cargo de la custodia del valioso cuadro.

Adam Worth — o su sombra — obtuvo 5.000 libras de gratificación. Pinkerton se negó a aceptar nada. Dos años después el ladrón maestro murió de su enfermedad crónica. Desde su lecho de muerte envió a "El Ojo" todos los derechos para que revelara la verdadera historia del asunto. También envió otra antigua obra maestra, un Murillo que había sido desprendido de su marco en una iglesia de Méjico.

Se presume que el fin de Worth fué feliz. No habría sido un pensamiento tranquilizador bajar a la tumba con el ojo de Billy Pinkerton fijo en él como el de un enemigo implacable.

POR AUSTIN O'MALLEY Y KENT A. HUNTER

◉ ☆

…ma Semana

…todos de los violadores de
… y ladrones de Bancos; la
…esiones digitales; cómo se
…os de las prisiones; esca-
… y crímenes famosos del
…ndo el asesinato de Helen
…mariposa" de Broadway.

EL ASTUTO DABARINKABA

Ilustración de GUEVARA

GUEVARA



N tiempos antiguos, las mujeres podían pegar a los hombres. Ningún hombre podía librarse de ello. Una mujer hacía todos los días arroz y carne para su akakamale (amante) y sólo una mala papilla para su ache (marido). Así siguieron las cosas, y el ache no podía cambiar su situación.

Un día, el marido compró un esclavo llamado Dabarinkaba. Le dijo a Dabarinkaba: "Mi mujer hace todos los días arroz y carne para su akakamale y para mí una mala pasta. El amante lo pasa bien y el marido mal". Dabarinkaba dijo: "Espera: eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comerás arroz". La mujer le dió el arroz a Dabarinkaba para que se lo entrase al amante y la papilla para el marido. Dabarinkaba le echó al arroz unos polvos que producen dolores de estómago y se lo llevó al amante. Cuando al siguiente día llevó también el arroz, el amante empezó a lamentarse de que estaba enfermo y no podía comer el arroz. Dabarinkaba dijo: "Yo tengo un amigo que sabe curar muy bien eso". El akakamale de su señora fué con él. Dabarinkaba le llevó al amigo, y entre ambos le hicieron una cortadura en el brazo, metieron dentro un poco de veneno y el hombre murió rápidamente.

Dabarinkaba volvió y le llevó el arroz a su señor diciendo: "Ya te traerán más".

Luego, Dabarinkaba tejió un saco de juncos, metió dentro al muerto y le ató bien. En seguida se echó a la espalda el saco con el cadáver y lo llevó al bosque. Lo llevó a una gran casa solitaria del bosque. En la casa vivía un sungala (ladrón) con su mujer. La mujer se llamaba Naninamina (es decir: "ven, toma esto"). El esclavo llegó a la casa al oscurecer con su paquete.

LLAMO LA MUJER

El esclavo llegó con su gran saco y llamó a la mujer: "Naninamina". La mujer salió, cogió el gran saco y dijo: "¡Qué pesado es esto! ¿Qué tendrá de bueno?" Y puso a un lado el saco. Dabarinkaba se escondió en el bosque. A poco llegó el ladrón con una gran caja y llamó: "Naninamina." Salió la mujer, cogió la gran caja y dijo: "¡Qué pesado es esto! ¿Qué contendrá de bueno?" Y puso a un lado el saco. Luego vino otra vez el ladrón con un paquete de telas y llamó a su mujer: "Naninamina". Y luego trajo todavía otros paquetes. El ladrón y su mujer se fueron a la cama. A la mañana siguiente dijo el ladrón: "Vamos a ver ahora qué cosas buenas hemos ganado". El ladrón abrió uno de los paquetes; había en él hermosas telas y vestidos. El ladrón abrió la caja; había en ella oro, piedras preciosas y plata. El ladrón abrió el saco tejido de junco. ¡Dentro había un cadáver! El ladrón le dijo a su mujer: "¿Quién ha traído esto?" La mujer dijo: "Lo has traído tú con las demás cosas".

Llegó en esto Dabarinkaba, haciendo como que pasaba casualmente. Dabarinkaba se acercó y exclamó horrorizado: ¡Oh, has matado al hijo del rey, has matado al hijo del rey!" El ladrón dijo: "No, yo no lo he matado". Dabarinkaba dijo: "Voy a denunciarlo." El ladrón dijo: "¿Vas a denunciarlo?" Dabarinkaba dijo: "Sí." El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?" Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?" Dabarinkaba dijo: "Sí."

El ladrón preguntó: "¿Te callarás si te pago por ello?" Dabarinkaba dijo: "Coge todo lo que has robado este año y el anterior y llévaselo a mi señor. Si cumples honradamente, no te denunciaré, sino que ocultaré el cadáver del hijo del rey". El ladrón dijo: "Me parece bien".

El ladrón llevó todo lo que había robado aquel año y el anterior al señor de Dabarinkaba. Dabarinkaba cogió el cadáver, lo metió en el saco y se lo llevó de allí, arrastrándole un buen trecho bosque adentro.

Dabarinkaba se entró bastante con su pesado saco por el bosque. Vió dos cazadores subidos a un árbol y que buscaban arriba miel. Dabarinkaba puso a un lado el saco y se acercó al árbol, gritando: "¿Qué hacéis ahí arriba?" Uno de los cazadores respondió: "Estamos cogiendo miel". Dabarinkaba exclamó: "Dadme un poco de miel". Uno de los cazadores respondió: "No, no te damos nada." Dabarinkaba exclamó: "Dadme miel o me voy a morir". Uno de los cazadores exclamó: "No, no te doy nada".

Entonces, Dabarinkaba se fué a donde estaba su saco, extrajo el cadáver y le apoyó contra el tronco del árbol. El otro cazador miró hacia abajo y exclamó: "¿Qué haces ahí abajo?" El muerto no respondió. Entonces, el otro cazador descendió, le dió al muerto una patada muy fuerte en la cabeza que le hizo caerse al suelo y dijo: "¿Qué haces ahí?" El muerto no respondió.

El otro cazador alumbró al muerto en la cara y exclamó luego: "Está muerto; acuérdate que te llamó pidiéndote miel y diciendo que si no, se moriría. Y ahora está muerto". Uno de los cazadores bajó y dijo: "¿Qué estás diciendo? He visto perfectamente que le dabas una patada que le hizo caer. Tú lo has matado." El otro dijo: "No, tú lo has matado." Y los dos cazadores empezaron a disputar sobre quién había matado al hombre.

Dabarinkaba vino por el bosque y gritó desde lejos: "¿Qué estáis disputando ahí?" Los cazadores gritaron espantados: "No te acerques." Dabarinkaba dijo: "¿Por qué no he de acercarme? ¿No habréis hecho nada malo?" Dabarinkaba se aproximó y vió al muerto. Dijo: "¡Oh, habéis matado al hijo del rey! ¡Por eso no queríais que me acercase! ¡Oh, habéis matado al hijo del rey! Sois gente perversa. Voy a denunciaros." Uno de los cazadores exclamó: "Yo no lo he matado: le ha matado el otro. Le ha dado una patada." El otro cazador dijo: "No, no lo he matado yo; lo ha matado él. El hombre dijo: "Dadme miel o me muero". Mi camarada se la negó, y por eso se ha muerto. Cuando yo bajé ya estaba muerto. Mi camarada lo ha matado".

Dabarinkaba dijo: "En todo caso, habéis matado al hijo del rey. Tengo que denunciarlo".

Los cazadores dijeron: "¿Vas a denunciarlo?"

Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores preguntaron: "¿Vas a denunciarlo?" Dabarinkaba dijo "Sí". Los cazadores preguntaron: "¿Vas a denunciarlo?" Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores dijeron: "¿No callarás si te pagamos?" Dabarinkaba dijo: "Coged toda la miel que hayáis cogido este año y el anterior y llevádsela a mi señor. Si hacéis esto honradamente, no os denunciaré: ocultaré el cadáver del hijo del rey".

Los cazadores dijeron: "Nos parece bien".

A LA CIUDAD

Los cazadores llevaron toda la miel que habían cogido este año y el anterior al señor de Dabarinkaba. Dabarinkaba cogió el cadáver, lo metió en el saco y se lo llevó de allí. Sacó el cadáver del bosque y se lo llevó a la ciudad.

Dabarinkaba cogió el cadáver del hijo del rey y una galama (cuchara) llena de miel y lo puso ante la puerta de la casa en que vivían las mujeres del rey. El rey no pudo ver en seguida a Dabarinkaba, pero oyó sus pasos y, al asomarse a la ventana, vió apoyado en la puerta de la casa de sus mujeres a alguien que indudablemente era un hombre.

El rey cogió arco y flechas, disparó flecha tras flecha sobre el hombre, diciendo al mismo tiempo: "¿Quién se atreve a entrar por la noche en la casa de las mujeres de un rey tan grande como yo?"

El rey disparó una segunda flecha y dijo: "¿Quién se atreve a entrar de noche en la casa de mis mujeres?"

Disparó una tercera flecha. Abajo, en la puerta, cayó al suelo el cuerpo del muerto.

A la mañana siguiente bajó el rey mismo para ver a quién había matado con sus flechas, y se apercibió de que era su propio hijo. Entonces empezó a lamentarse: "¡Infeliz de mí! No tengo más que un hijo, era mi favorito, y lo he matado yo mismo. ¡Qué desgraciado soy!"

Toda la gente de la ciudad decía: "El rey ha matado hoy a su propio hijo. Ya nadie está seguro de su vida".

En la ciudad había un muchacho pequeño y muy listo. Este le dijo al rey: "Escucha: no has sido tú el que has matado a tu hijo; otro lo ha hecho. Espera hasta mañana y te enseñaré quién ha sido".

El rey dijo: "Yo he disparado sobre mi propio hijo. Pero si ves alguna probabilidad de ello, trata de averiguar si ha sido otro el que ha cometido el hecho".

POLVOS MAGICOS

Al día siguiente cogió el muchacho su kulilan-u-sirife (navaja de afeitar). La salpicó con polvos mágicos y la tiró al aire para que afeitase la mitad de la cabeza del que hubiera matado al hijo del rey. La navaja voló por encima de Dabarinkaba y le afeitó la mitad derecha de la cabeza.

Pero Dabarinkaba se dió cuenta. Cogió la navaja en su mano y la salpicó con sus polvos mágicos. Entonces la navaja voló por la ciudad, afeitando la mitad derecha de la cabeza a todos los mozos. Los mozos de la ciudad se quedaron asustados. Se hicieron todos gorras y se las calaron.

Al día siguiente, el rey mandó llamar a todos los mozos. Vinieron todos. Sólo Dabarinkaba dijo: "¿Para qué voy a ir? No tiene objeto".

Los mozos se sentaron en corro. El consejero del rey se puso en el medio y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El consejero dijo: "Este es". El rey dijo: "Que se quiten también la gorra los demás". Todos los mozos se quitaron la gorra. Todos tenían la mitad de la cabeza rapada. El rey dijo: "Es inútil, créeme; lo hice yo mismo". El consejero dijo: "Déjame probar".

El muchacho cogió otra vez su kulilan-u-sirife, le echó los polvos mágicos y la tiró al aire. La navaja hizo una cortadura muy honda en la oreja izquierda de Dabarinkaba. Pero Dabarinkaba cogió la navaja, le dijo unas palabras mágicas y la volvió a tirar al aire. La navaja hizo una cortadura en las orejas izquierdas de todos los mozos de la ciudad. El rey volvió a llamar a los mozos, y otra vez vió que estaban todos marcados de la misma manera. Le dijo a su consejero: "¡No hagas más pruebas! Ahora estoy seguro de que yo mismo lo he matado. Si sigues, acabarás matándonos a todos".

De este tiempo viene la costumbre de traer gorra. Antes no era así, pero desde entonces hasta los niños pequeños quieren gorras.

RESTO DE ONZA

UN CUENTO DE MONTEIRO LOBATO

ILUSTRACION DE GUEVARA

CHARLABAN diversos amigos. Uno de ellos, preguntó:

—¿Leyeron el cuento de Alberto Manzano que "La Mañana" ha publicado hoy?

—¿Se pierde algo?

—Absolutamente nada. Aquello es aburridor. Confieso que bostecé de fastidio y, de acuerdo con un viejo hábito, se lo pasé a la cocinera, una vieja mulata sabilísima, parienta de la cocinera de Moliére.

—Josefa, lee esto y dame tu opinión.

Aquella excelente mujer se lavó las manos, bajó la luz del fogón, montó los lentes sobre la nariz, a través de cuyos vidrios suelen filtrársele al cerebro todos los folletines de los diarios, y se reconcentró durante una media hora. Poco después vino hacia mí.

—¡Pronto! Ya lo he leído.

—¿Y, qué tal? ¿Bueno?

Josefa posee un maravilloso paladar manjaresco. Sus guisos, el picadillo que prepara, los pasteles... son purísimas obras de arte, capaces de volver a matar de envidia al mismo Vatel, si Vatel, acaso, resucitase. Bien, pues: el mismo genio que Josefa demuestra en la confección de una obra maestra culinaria, lo demuestra en el juicio de las cosas literarias. Tiene el olfato, que no falla, del ratón que, entre cien quesos, roe siempre el mejor. Por esta razón, cuando dudo de mí mismo, apelo a su juicio instintivo, y acato su sentencia como emanada del cerebro de la misma Minerva.

—¿Y, Josefa? — insistí.

Ella frunció los labios, ensayando un mohín:

EL VETERANO

—No jiede ni huele — dijo. — Es guisado de poroto viejo revuelto con fariña mal torrada. Le falta sal, tiene demasiada manteca de cerdo: parece una comida hecha por una niña de salón — concluyó, con la sonrisa del veterano al oír hablar de proezas de novato.

—Pero, Josefa; ¿qué dice, al fin de cuentas, el hombre?

—No dice nada; resuelve, revuelve; va para allá, viene hacia acá, y uno se queda en lo mismo. Es de los tales lateros que días pasados usté llamó... ¿cómo es?... pici... pici...

—...cólogos, psicólogos. Los hombres de los estados de alma. Como ellos tienen un alma postiza, importada de Francia, los estados por que pasan tales almas, puestos en letras de molde, son cosa tonta y fastidiosa hasta más no poder. Pienso como tú, Josefa. Quiero cuento que cuente cosas; cuento del que yo salga pudiendo contar a un amigo lo qué aconteció, cómo murió fulano, si la joven se casó, si el malo fué ahorcado o no. Cuentos, en suma, como los de Maupassant o Kipling.

—O de seu Cornelio Pires...

—Perfectámente: de Cornelio Pires, de Arturo Azevedo. Cuentos en donde haya drama, comedia o, por lo menos, una anécdota original. Pero estas pretensiosas aguas panadas, este fantasear en páginas y más páginas, sin lance que erice los pelos o contraiga los músculos faciales, que el diablo los lleve..

UN CUENTO

Y la conversación recayó sobre los cuentos.

—Cuentos andan por ahí, a patadas; la cuestión es saberlos atrapar. No hay sujeto que no lleve en la memoria una docena de esqueletos magníficos, a los cuales, para tornarse obras de arte, sólo les falta el vestuario de la forma, bien cortadito, bien cosidito, con pronombres bien colocados. ¿Quieren ustedes una prueba de ello? Voy a arrancar un cuento al primer conocido que entre.

Y nos pusimos en acecho.

No tardó mucho, y apareció César.

—¡Bravo! Te hacía en el campo.

—Pues, ya me tienen aquí. Llegué ayer, rehecho, oxigenado, rejuvenecido de cuerpo y de alma. ¡Qué delicia el campo!

—¿Mucha caza?

—Diez jabalís, tres onzas... A propósito de onza: ¿conocen ustedes la historia de "Resto de onza"?

—¡"Resto de onza"! — exclamamos todos embobados.

César gozó nuestro espanto. Luego narró:

—Estábamos organizando una batida a los tigres. Quien la dirigía era mi capataz, Juancho Peroba, el más terrible cazador de aquellos parajes. Cuando es él quien dirige la faena, la bichería sufre un verdadero destrozo; tan hábil es en la elección de los compañeros, de los perros y de las disposiciones estratégicas.

—"Va — nos decía, contando en los dedos — Nico, va Pova, va "Resto de onza"...

—¿"Resto de onza"? — exclamé, tan estupidizado como lo están ustedes al oír este sobrenombre. ¿Qué especie de bicho es éste?

Juancho Peroba sonrió y dijo:

—"Es un pedazo de hombre; un hombre a quien una onza comió una parte y que continúa viviendo con el resto del cuerpo. Pues, asimismo es una "baita" que yo no cambio por tres sujetos enteros de la ciudad. Usté va a ver.

En efecto, ví. Después de organizado todo, la víspera de la cacería, el primero en presentarse fué "Resto de onza".

—"Tardes".

Era un criollo enjuto, sin el brazo derecho, sin un ojo, sin un costado de cara. ¡Horroroso! Una mejilla le había sido desgarrada, llevándose parte de los labios y un ojo, de modo que aquello, por ahí, era una pavorosa cicatriz, contraída en varias direcciones. Entreabrió la camisa: en el pecho, la mamilla izquierda arrancada a golpe de garras, era otra cicatriz que estremecía.

Le pedí que relatase su historia, y él no se hizo rogar.

—Y güeno — fué diciendo — Allá en la "fazenda" del coronel Eusebio, a la vera de la selva, había onza que parecía un castigo.

Fué preciso perseguirlas con perro y plomo durante un año entero, para librar el ganado. El coronel, tanto lidió que al fin venció. Las manadas, no muertas a bala, se ahondaron lejos. Pero quedó una. Era una linda onza pintada, matrera como cachorro de monte. Tenía mañas de negro juido. Ni trampa, ni perro tigrero, ni el chino Leopoldo, que es un rastreador de tigre como no se ha visto nunca, no pudieron atinar con ella de manera de acorralarla. Escapaba siempre y, sin embargo, se cebaba en los terneros. Un día — el coronel almorzaba — reventó un barullo en el corral de detrás de la casa. Corrimos todos: estaba la onza aferrada en el mamón más lindo de la fazenda, destrozado como un muñeco de trapo. Corridas, gritos, tiros... La onza abandonó la presa y huyó.

El coronel se enfureció y juró que sería la última.

—Volverá — dije yo. — Ella no desiste del cebo. Lo mejor será que se quede un buen tirador en acecho, día y noche.

—Pues te quedarás tú.

Quedé vigilando, escondido, de manera que la onza no pudiera desconfiar.

Varé la noche toda con el ojo abierto. Nada.

Rompió la mañana. Nada.

Y yo me dije: Doy un salto, voy a la cocina, me tomo el café y vuelvo.

UN CAFECITO

—Fuí, engullí un cafecito con torta de fariña, lo más apurado; pero cuando volví... "¿qué del ternero?". La onza me había burlado.

El coronel, cuando supo la cosa, bufó como jabalí que cae en el cepo.

—Pancho — gritó; — ve a juntar gente y trae la perrada. Trae un ejército aquí, para el domingo, y vamos a cribar a bala a esta mandinga. Quiero ver su cuero aquí, en el suelo...!

Salí, corrí la vecindad y apalabré para el domingo todo cuanto era carabina, chuzo y perro, en cinco leguas a la redonda.

Llegado el día, empezó una batida en orden. Los perros encontraron el rastro y todo corría bien, cuando de repente: ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!, mi Pimpín ladró. Conocí la voz, fué el primero de todos en acosar. Y luego toda la perrada, unos cincuenta, ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!, una música que ponía los pelos de punta. ¡Ah, mozo, qué fiesta fué aquel día! La fiera, de cada manotada, desollaba un perro...

Paraba en su carrera, se ocultaba detrás de los troncos y apenas el perro que iba adelante la enfrentaba, ¡zas! tripas afuera.

Ya llevaba un tiro, pero ni caso que le hacía, y así, huyendo, iba arrastrando los perros tigreros.

Yo corría al frente, impaciente por ganar la gloria de la cacería, y a causa de eso me distancié de los compañeros. De repente, sin ver nada, ¡paf! un manotazo en la cara me tiró de espaldas en el suelo, y sentí caer un cuerpo sentado sobre mí. ¡Ah, mundo! ¡Qué lucha aquélla! Yo, con los brazos, sólo defendía la cara, que si la onza me aboca, era el fin, y como el rifle había quedado debajo de mi cuerpo, mi porfía era agarrarla.

Lo que me salvó fué el coraje de Pimpín. Como los cazadores y los demás perros no habían llegado todavía, sólo él me ayudaba, ladrando desesperadamente e hincando los dientes en las ancas de la fiera. Esta, a cada dentellada, se volvía para manotear al perro, que huía, para luego atacar de nuevo, cuando la onza se volvía hacia mí.

Todo esto que llevo ahora un tiempo para contar, pasó en un relámpago.

Allá, en cierto momento, pude alcanzar mi cuchillo — cuchillito al cuete para despenar chanchos. Lo saqué y lo hundí en el cuello del bicho. ¿Quién dijo hundir? Se dobló la muy puerca, como si juese de lata, sin calar ni la punta. Me vi perdido. "Muerde, Pimpín". Aquella persona de cuatro pies, con un coraje loco, ¡zas! otra dentada. La onza me dió tregua y vi romper el monte al primer cazador. Era justamente mi suegro.

—¡Tire, ño Vadó!

AZONZADO

¡Qué tirar, nada! El demonio del palúdico se quedó tan azonzado de verme entre las garras de la onza, que se paralizó en el lugar.

—¡Tire, ño Vadó!

—¡Nada!...

En esto conseguí zafar el rifle y meter el caño en la boca del tigre. Descerrajé el tiro y el bicho se hizo a un lado.

Yo estaba despedazado, pero no sentía dolor ninguno. Sólo me acuerdo que, todavía en el suelo, saqué el arma de dentro de la garganta de la onza, volví el caño hacia el lado de mi suegro y solté el segundo tiro, junto con una palabra fea... ¡Dios me perdone! ¡De rabia!... Después vino el dolor, y perdí los sentidos".

"Resto de onza" cobró aliento, y concluyó:

—Y quedé así. El brazo derecho, sin carne, sin güeso entero; fué preciso que el dotor me aserruchase; la cara y el pecho fueron sanando y quedé así, resto de onza, pedazo de gente; pero hombre todavía para enfrentar a cualquiera.

—¿No les decía yo? — comentó volviéndose a los compañeros el que prometiera arrancar un cuento del primer conocido que cayera a mano.

—Sí — respondió uno de ellos; — pero no es precisamente un cuento. Eso es un caso, una anécdota cinegética.

—Está usted equivocado. Tiene todas las cualidades de un cuento, y tiene la principal: el de poder ser contado en manera de interesar por un momento al auditorio. Dé al hecho forma literaria, una pincelada de descriptivo, pronombres por aquí, adornos elegantes, y listo. Se tendrá un cuento de los auténticos de los que no "secan" la paciencia de la humanidad como la archifastidiosa psicología del señor Alberto Manzano.

DE COMO LAS GENTES DE ENGANO LLEGARON A TENER MEDICO



Y el espíritu se alejó para siempre del lado de la moza, dejándole un hijo ciego que llegó a ser un gran médico

En una aldea cuyo nombre no es conocido, vivía una vez un hombre con su mujer y su hija. Cuando la moza estuvo en edad de poder casarse, llegóse a ella un espíritu, bajo la forma de un hermoso mancebo, y le pidió su mano.

Como el mancebo tenía además una voz hermosa, sedujo fácilmente a la muchacha, que aceptó su propuesta. El espíritu y la moza vivieron después como marido y mujer. Cierto día observaron los padres que su hija estaba en otro estado, y le preguntaron quién la había puesto en cinta. Respondió la moza:

—No os enojéis, queridos padres; mi esposo es un espíritu. Nadie, sino yo, puede verlo. Yo soy la única a quien es dado oir su voz.

Entonces le dijo el espíritu a la moza:

JUNTO AL MAR

—Tengo que volver por cinco días al reino de los espíritus, para visitar a mi parentela. Haz el favor de colocar, en un sitio de la costa que te señalaré al despedirme, algunos racimos de plátanos maduros que deben servirme de alimento durante mi viaje. Díselo a tus padres.

La moza les contó a sus padres lo que había dicho el espíritu. El día de la partida trasladáronse a la orilla del mar, la moza, sus padres y toda su familia. Colocaron los plátanos maduros en el sitio que había señalado el espíritu. Entonces el espíritu le dijo a la moza:

—Ahora me marcho; vuelve a esperarme aquí dentro de cinco días.

Desapareció el espíritu y se llevó los plátanos consigo. Cuando amaneció el quinto día, la moza, con sus padres y parientes, volvieron a la orilla del mar a esperar al espíritu. Al llegar, encontraron gran cantidad de peces atados unos con otros. El espíritu le dijo a la moza:

—Di a tus padres que esos peces les están destinados para corresponder al regalo de plátanos que me han hecho. Y ven ahora: vámonos a casa.

Todos regresaron al hogar. No pasó mucho tiempo y la moza echó al mundo un niño ciego. Entonces le dijo el espíritu:

UN HIJO CIEGO

—Ha llegado el momento en que tengo que abandonarte para siempre. Tenemos un hijo. Cuida bien de él. Y ahora quedas libre y te es lícito casarte, si lo deseas.

La moza respondió afligida:

—Si así lo has decidido, tengo que someterme a tu voluntad.

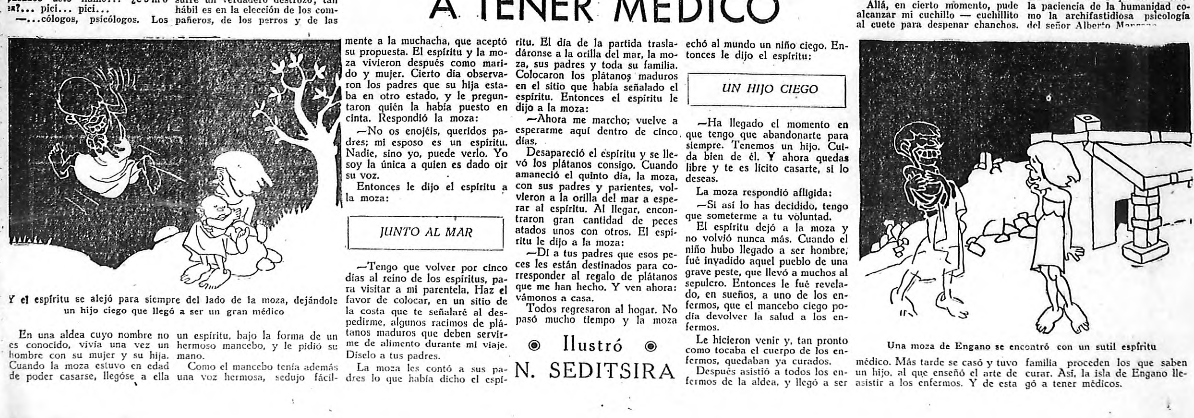
El espíritu dejó a la moza y no volvió nunca más. Cuando el niño hubo llegado a ser hombre, fué invadido aquel pueblo de una grave peste, que llevó a muchos al sepulcro. Entonces le fué revelado, en sueños, a uno de los enfermos, que el mancebo ciego podía devolver la salud a los enfermos.

Le hicieron venir y, tan pronto como tocaba el cuerpo de los enfermos, quedaban ya curados.

Después asistió a todos los enfermos de la aldea, y llegó a ser médico. Más tarde se casó y tuvo un hijo, al que enseñó el arte de asistir a los enfermos. Y de esta familia proceden los que saben curar. Así, la isla de Engano llegó a tener médicos.

◉ Ilustró ◉

N. SEDITSIRA



Una moza de Engano se encontró con un sutil espíritu

4

Geniol

QUITA EL DOLOR

en un día bastan para cortar un Resfrío quitándole su gravedad. Millares de personas así lo hacen, y con entusiasmo también a otras lo recomiendan. Contra Resfríos,

Geniol

es lo mejor.



El GENIOL, por su bondad y por su propaganda, hará conocer más la Argentina en el exterior que todos los otros medios empleados hasta hoy.

Proximamente iniciaremos la venta y propaganda del GENIOL en varios paises de Europa.

Calma

Los más fuerte dolores de cabeza desaparecen en cuanto se toma un GENIOL.

Entona

Produce una rápida y saludable reacción orgánica que levanta el espiritu más deprimido.

Descongestiona

El GENIOL al descongestionar y serenar los nervios da una soberbia lucidez intelectual.

Estas son las tres virtudes caracteristicas de la triple y bien estudiada fórmula del

30 cts.



Vale el librito de 4 Dosis